

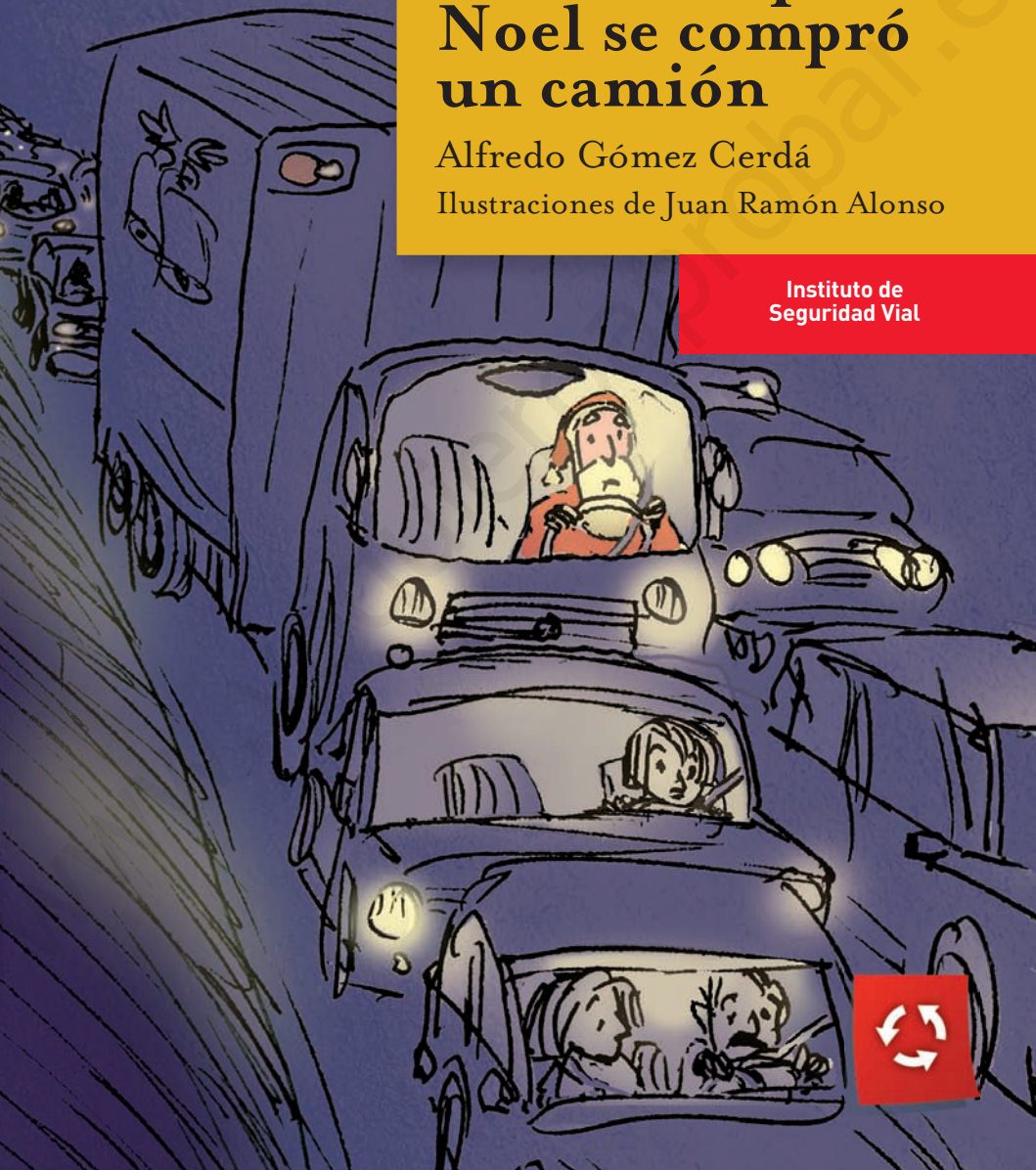
FUNDACIÓN **MAPFRE**

Cuando Papá Noel se compró un camión

Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones de Juan Ramón Alonso

Instituto de
Seguridad Vial



**Cuando Papá Noel
se compró un camión**

www.yoquieroaprobar.es

ALFREDO GÓMEZ CERDÁ nació en Madrid. La literatura siempre ha sido el eje fundamental de su vida. Con once años empezó a descubrir que un libro podía ser un espejo, donde verse reflejado, y una ventana, por la que mirar al mundo. Entonces empezó a soñar con ser escritor. Ha pasado ampliamente del centenar de libros, la mayoría para niños y jóvenes, por los que ha recibido importantes reconocimientos, como el Premio Nacional. Ha sido publicado en más de veinte países. A pesar de eso, tiene claro que aún le queda por escribir lo más importante.

JUAN RAMÓN ALONSO es profesor de Dibujo y durante muchos años dio clases a estudiantes de Bellas Artes y Arquitectura. En 1980 empezó a ilustrar en las primeras colecciones infantiles de bolsillo que aparecieron en España. Desde entonces, ha dibujado para muchas editoriales españolas y extranjeras. Tiene varios premios, entre ellos el primer premio Austral Infantil y el Premio Internacional de Ilustración de la Fundación Santa María. La Biblioteca de Munich reconoció su libro *La vuelta al mundo* con el *White Raven*, y la Fundación GSR como uno de los cien mejores libros del siglo XX.

El programa Educación Vial en el Aula es una iniciativa del Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE para fomentar las buenas prácticas viales en los centros docentes.

Dirección de proyecto: Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE
Coordinación: Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE
Edición y diseño didáctico: Diseño Comunicación
Diseño y maquetación: David Sueiro y Elena Fernández

© Del texto: Alfredo Gómez Cerdá
© De las ilustraciones: Juan Ramón Alonso
© De esta edición: Instituto de Seguridad Vial de FUNDACIÓN MAPFRE

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

I.S.B.N.: 978-84-9844-439-1
Depósito legal: M-24.528-2013

CUANDO PAPÁ NOEL SE COMPRÓ UN CAMIÓN

Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones de
Juan Ramón Alonso

FUNDACIÓN MAPFRE

**Instituto de
Seguridad Vial**



Salta a la vista que Papá Noel no es un jovencito, ni siquiera un hombre de mediana edad. Su pelo blanco, su barrigón y sus arrugas nos recuerdan que ya tiene muchos años; aunque debemos reconocer que su edad exacta es un misterio para la mayoría de las personas.

Por ese motivo, todas las navidades, cuando recorre el mundo de una punta a la otra en su trineo para repartir los

juguetes a los niños, vuelve a casa agotado, quejándose de dolores por todo el cuerpo.

—¡Ay, mi espalda! ¡Cualquier día me doblaré para colocar un juguete y no podré volver a enderezarme!

¡Me quedaré como un cuatro!

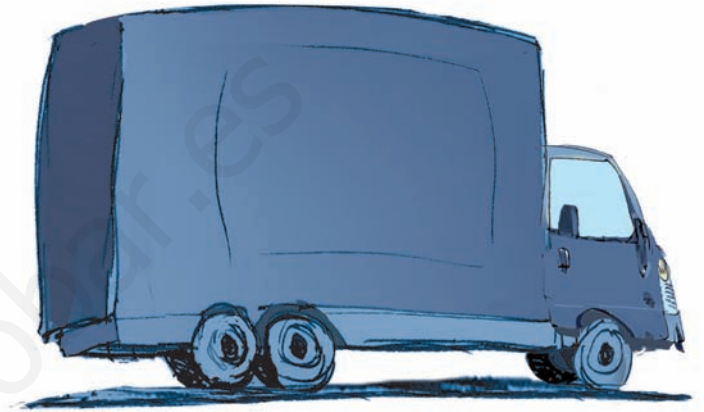
Además, he pillado tortícolis en el trineo, a pesar de la bufanda de lana, y mis orejas parecen dos témpanos de hielo.

Como todo el mundo sabe, viajar en trineo es la cosa más fría del mundo.

Con paciencia y cariño, todos los años, la Señora Claus aviva el fuego de la chimenea, para calentar bien la habitación, y le da unas friegas por toda la espalda con alcohol de romero y otras hierbas aromáticas.



Después, le prepara un caldo muy caliente y le ayuda a meterse en la cama, bien tapado con uno de esos edredones nórdicos. Cansado de tantas calamidades, en una ocasión, por increíble que parezca, Papá Noel decidió comprarse un camión. Uno muy grande, con neumáticos para la nieve, con una enorme cabina de carga donde



cupiesen todos los regalos y, por supuesto, con un asiento mullido y con calefacción. Lo primero que tuvo que hacer Papá Noel fue sacarse el carné de conducir, pues él entendía mucho de trineos, pero nada de camiones.

Fue a una autoescuela y, aunque no le gustaba reconocerlo, le costó mucho trabajo aprender lo que quería decir cada señal de tráfico y el resto del código de circulación.

—Mi memoria no es la que era —solía quejarse en voz alta, mientras hacía los test que le mandaba la profesora como tarea diaria.



Y aunque ponía mucho empeño, confundía la señal de prohibido aparcar con la de ceda el paso, a pesar de que la primera es redonda y la segunda triangular.

—Hace mucho tiempo que dejé los estudios y me cuesta volver a los libros

—le explicaba a la profesora de la autoescuela.

Ella era muy paciente con las explicaciones.

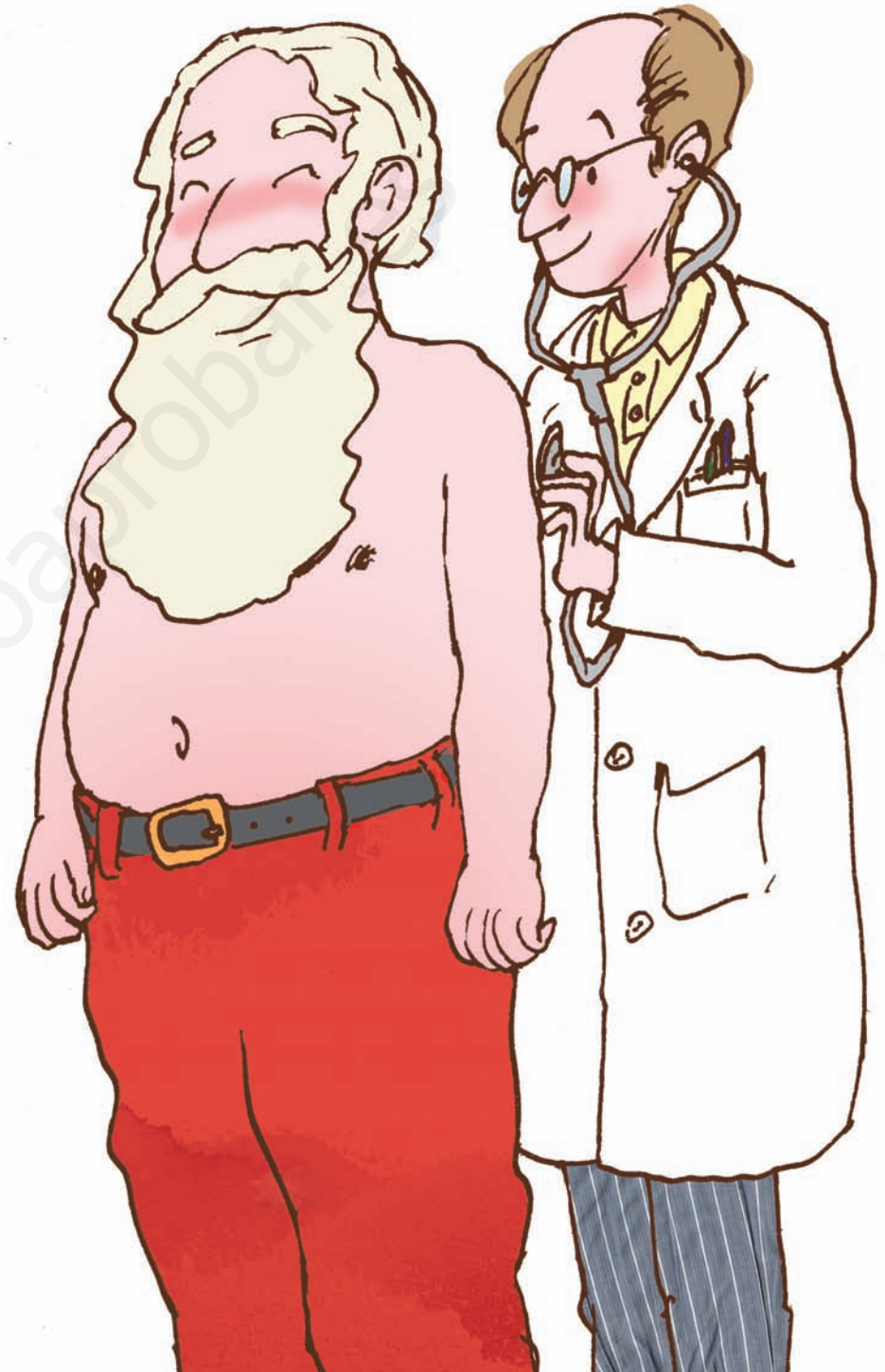
—El límite de velocidad depende de las carreteras —le decía—. El más alto está en las autopistas y el más bajo en el interior de las ciudades. ¡Ah!, pero siempre es obligatorio el uso del cinturón de seguridad.

Como Papá Noel no estaba acostumbrado a llevar cinturón de seguridad en el trineo, se lo apuntó para no olvidarlo.

Y también se apuntó la palabra *semáforo*.
—Si la luz verde está encendida, puedo pasar. Si se enciende la luz ámbar, precaución. Si se enciende la roja, alto.
—Eso es —le animaba la profesora—.
Ten en cuenta que cuando se encienda la luz roja para los coches, se encenderá una verde para que los peatones puedan cruzar la calle.
—Ya lo entiendo —Papá Noel fruncía el ceño para asimilarlo mejor—. Además, los peatones pueden cruzar por pasos para ellos, que están señalados en la calzada con rayas blancas.
Hay muchos tipos de permisos de conducir, según el vehículo que se quiera llevar.
Como es natural, Papá Noel necesitaba el de conducir camiones grandes. Así pues, tuvo que esforzarse mucho.



Era frecuente verlo practicando maniobras: aparcamiento, marcha atrás en línea recta, marcha atrás en curva; o circulando por las carreteras a los mandos del camión de la autoescuela, siempre en compañía de su profesora, que le iba indicando lo que tenía que hacer. También tuvo que pasar un reconocimiento médico. Por fortuna, a pesar de los años, Papá Noel goza de buena salud y lo superó sin problema. El médico solo le recomendó usar gafas, sobre todo por la noche, y descansar cada dos horas. Tras varias intentonas fallidas, consiguió el carné de conducir y, al día siguiente, se compró el camión.



Papá Noel, para quien no lo sepa, es un auténtico cabezota. Por eso, no hizo caso de las protestas de sus renos, que se declararon en huelga de hambre al verse relegados. Rodolfo, el reno guía, parlamentó con él, pero no consiguió convencerlo.



Tampoco hizo caso a los duendes constructores de juguetes, que apelaban a la tradición.

Ni siquiera hizo caso a la Señora Claus.

—Ya no tienes edad para conducir camiones.

—Para lo que no tengo edad es para conducir trineos —replicaba él.

Y, orgulloso, se limitaba a mostrarle el

carné de conducir que le permitía manejar camiones, con su fotografía y su nombre. Esa era la prueba de que podía hacerlo.

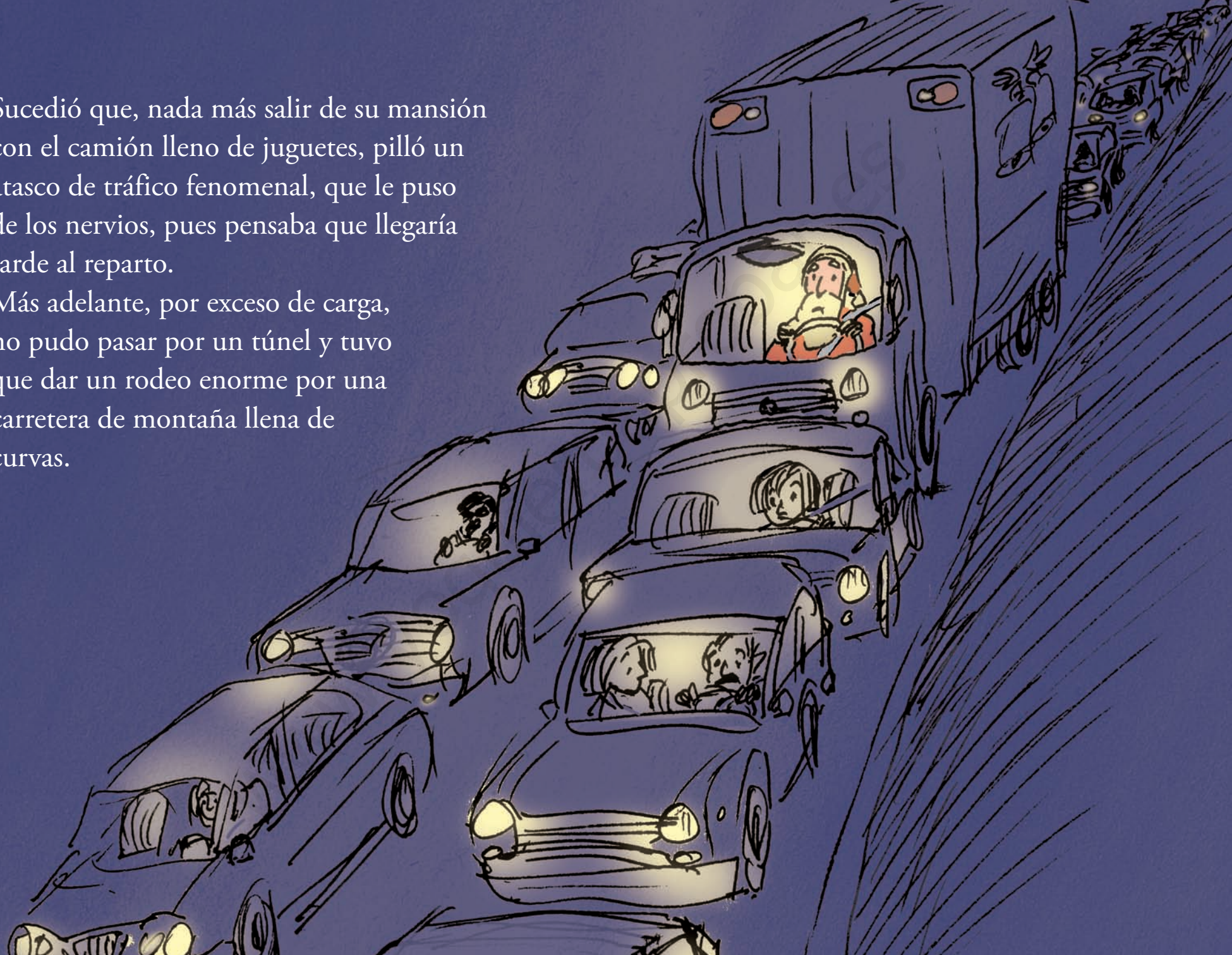


Por eso, hubo un año —y no revelaremos aquí cuál fue— en que Papá Noel repartió sus juguetes con un enorme camión. Solo sucedió un año. La experiencia le bastó para comprender que tenía que volver al trineo.

Contaré lo ocurrido, aunque es conveniente que la noticia no se difunda demasiado.

Sucedió que, nada más salir de su mansión con el camión lleno de juguetes, pilló un atasco de tráfico fenomenal, que le puso de los nervios, pues pensaba que llegaría tarde al reparto.

Más adelante, por exceso de carga, no pudo pasar por un túnel y tuvo que dar un rodeo enorme por una carretera de montaña llena de curvas.



Miraba su reloj y daba saltos, pues aquella carretera no se acababa nunca y, además, estaba empezando a marearse.

Cuando al fin llegó a la autopista, para recuperar tiempo, pisó el acelerador hasta llegar al límite de velocidad permitido.

Y menos mal que no se pasó de ese límite, pues había un radar en la cuneta sacando fotos a todo el que corría más de la cuenta.

En las estrechas calles de las ciudades las pasó canutas para poder moverse con aquel camión tan grande. Sus nervios iban en aumento y no paraba de moverse en el asiento, pues pensaba que no le iba a dar tiempo a repartir todos los juguetes.

Por eso, intentando aparcar, arrancó de cuajo una farola, destrozándose el parachoques.



—Menos mal que aseguré el camión a todo riesgo —se consoló.

Dejó una nota junto a la farola con la matrícula del camión y el número de la póliza de su seguro.

Miró la hora y echó a correr.

Con las prisas, se le olvidó ponerse el cinturón de seguridad. La ciudad le parecía un laberinto de calles. Tendría que recurrir al GPS para no perderse. Se rozó con dos semáforos y con varios coches aparcados, se llevó por delante algunos

contenedores de basura y en una ocasión frenó contra un árbol. Gracias a su tesón, Papá Noel consiguió cumplir con su trabajo y, poco antes del amanecer, había repartido todos los juguetes. Suspiró satisfecho, mientras





entraba en una gasolinera para llenar el depósito de combustible e iniciar el regreso.

Pero lo peor de todo le ocurrió precisamente en ese regreso.

Estaba tan cansado después de una noche tan ajetreada, que sintió sueño. Tuvo que parar en un área de servicio para dormir un rato. El rato se prolongó durante varias horas. Cuando se despertó, debido a la postura, le dolía todo el cuerpo y echaba de menos las friegas con alcohol de romero de la Señora Claus.

Tardó tres días en llegar a casa, pues a pesar del GPS se perdió en varias ocasiones. La Señora Claus le tuvo que

ayudar a bajarse del camión y, mientras le daba las friegas con el alcohol de romero, tumbado en la cama, Papá Noel echaba cuentas mentalmente:

«¡Lo que gasta ese camión! ¡Litros y litros de combustible! ¡Además las revisiones mecánicas, los impuestos...! Con todo ese dinero podría...»





Entonces vio a Rodolfo y a los demás renos, que se agolpaban en la ventana y lo miraban, aún desconcertados. Papá Noel les guiñó un ojo y les sonrió. Unos días después, el cartero llegó con un montón de cartas.

—Pero si acaba de pasar la Navidad, ¿cómo es posible que ya me estén escribiendo los niños? —se extrañó Papá Noel.

Las cartas no eran de los niños. Se trataba de las multas que le habían puesto durante la noche de Navidad por olvidarse del cinturón de seguridad, o por programar el GPS en marcha, o por aparcar en doble fila, o por invadir parte de la acera, o por ocupar vados, o por...

El resultado fue que, además de las sanciones económicas, Papá Noel se quedó sin puntos y le retiraron el carné de conducir. Se lo notificaron en otra carta, que le llegó certificada. Cuando la leyó, guiñó un ojo a Rodolfo y dijo:

—Para conducir un trineo no lo necesito.

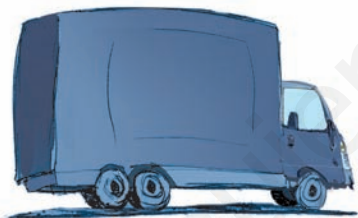


A Rodolfo se le encendió de rojo la punta de la nariz. La risotada de Papá Noel provocó un alud de nieve.

Y como Papá Noel no quería que el dinero que tenía que pagar por las multas mermase la fabricación de juguetes, él mismo se puso manos a la obra. Y de sus propias manos salieron preciosas muñecas, juegos de palabras cruzadas, trenes de madera y otros muchos regalos.

FUNDACIÓN MAPFRE

www.circulando.es
www.fundacionmapfre.org



En una ocasión, por increíble que parezca, Papá Noel decidió comprarse un camión. Uno muy grande, con neumáticos para la nieve, con una enorme cabina de carga donde cupiesen todos los regalos.

de 6 a 8 años



9 788498 444391